

los Arabes) un amigo, le cogía la mano derecha, y despues de haberla sacudido la levanta al nivel de su vientre (1).» Leemos en Niebuhr el siguiente relato de una usanza análoga:

«Al encontrarse dos árabes del desierto, sacúdense las manos más de diez veces. Cada uno de ellos besa su propia mano y repite el ¿cómo estais?... En el Yemen cada uno de ellos hace como si quisiera coger la mano del otro y aparta la suya para eludir este mismo honor. Al fin, para terminar la contienda, el de más edad deja que el otro le bese los dedos (2).»

¿No se vé en esto el origen de la costumbre de estrecharse la mano? Si dos personas quieren obsequiarse besando una á otra las manos y cada una de ellas, por cortesía, rehusa el dejársela besar, ¿qué sucede? Exactamente lo mismo que cuando al salir de una habitacion dos personas que quieren ambas ceder respectamente el paso á la otra, se niegan á seguir adelante; resulta de ello en la puerta una competencia de movimientos que impiden el adelantar al uno ó al otro; si cada uno de los dos intenta besar al otro la mano y rehusa el dejarse besar la propia, resulta que cada uno de ellos llevará la mano del otro á sus propios lábios y que éste la retira, y así sucesivamente á su vez. En un principio, este movimiento será sin duda irregular; pero á medida que se generalizará el uso y que se reconocerá que en definitiva cada uno vé fallidos sus esfuerzos para besar la mano del otro, puede esperarse que los movimientos se harán regulares y rítmicos. Evidentemente, la diferencia entre el simple apretón que hoy representa este saludo en una forma abreviada y el empuñar la mano segun la antigua moda, sobrepuja á la diferencia que existe entre el empuñar la mano y el movimiento resultante del esfuerzo que cada uno hace para besar la mano del otro.

Aun en el caso de carecer de la clave que nos da la costumbre árabe, deberíamos admitir que el uso moderno se originó de esta suerte. Despues de cuanto acabamos de ver, nadie supondrá que la costumbre de darse un apretón de manos haya sido deliberadamente instituida como una práctica de cortesía; y si tiene su origen en un acto que, como los demás, expresa la sujecion, necesario es admitir que el acto de besar la mano es el único capaz de servirle de origen.

(1) Sir J. Malhom. *History of Persia*. London, 1815, 8.

(2) M. Niebuhr. *Travels through Arabia*. Edimburgh, 1792, II, 247.

El saludo, pertenezca á la clase que quiera, tiene el mismo origen que el trofeo y la mutilacion. A merced de su vencedor, quien corta una parte de su cuerpo como recuerdo de su victoria, le mata ó le quita una parte ménos esencial á la vida, ó le marca como esclavo, el vencido yace ante su amo tan pronto de espaldas, como con el cuello bajo el pié del vencedor, manchado de fango, desarmado, las ropas destrozadas, y despojado de los vestidos que llevaba á manera de trofeo. Así, la prosternacion, la mancha, la pérdida de los vestidos, consecuencias de la derrota, se hacen, como la mutilacion, pruebas de esta desgracia. De donde, como primer resultado, la imposicion de señales de sumision de los esclavos á los amos y de los súbditos á los soberanos; despues, admitida la costumbre de tomar actitudes humildes en presencia de los superiores; y finalmente, los movimientos de cortesía, expresiones de inferioridad, que todos cumplen para con sus iguales.

Todos los saludos toman su origen en el régimen militante. Esta conclusion á que llegamos concuerda perfectamente con un hecho de observacion, y es el de que se desarrollan paralelamente á este tipo social. Las actitudes y los movimientos que manifiestan la sujecion no constituyen el carácter de tribus sin jefe ó de tribus cuya autoridad suprema no esté constituida. Por ejemplo, entre los Fuegianos, los Andamanos, los Australianos, los Tasmanianos y los Esquimales; por último, los relatos que nos dan á conocer la etiqueta usada entre las sociedades nómadas y casi inorganizadas de la América del Norte, no hacen casi mencion, ó no la hacen en manera alguna, de actos que expresen la subordinacion. Se ha notado que los Kamtschadales, que en la época de su descubrimiento no tenian jefes, «usaban formas absolutamente groseras: jamás empleaban frases de cortesía, no saludaban, no se quitaban su gorro, ni se inclinaban unos ante otros.» Por otra parte, en las sociedades compuestas y consolidadas por el militarismo, entre las que se ha desarrollado el tipo de estructura militar, el uso de las prosternaciones serviles es un signo distintivo de su vida política y social. Hallámoslo entre los belicosos y caníbales Fijianos cuyos jefes ejercen sobre sus súbditos una autoridad ilimitada; en Uganda, donde es perpétua la guerra, donde la renta del Estado proviene del pillaje, y donde puede decirse del rey: «No teniendo Su Alteza caza á la cual tirar, tiró sobre muchos vasallos suyos (1);» en Dahomey, cuyo rey ataca los pueblos vecinos para procurarse cráneos con que adornar su palacio. Lo hallamos en Estados más

(1) J. A. Grant. *A Walk across Africa*. 228.



avanzados, en Birmania y Siam, cuyo tipo militar legado por el pasado ha dejado una autoridad monárquica sin freno; en el Japon, donde reinaba un despotismo instituido y afirmado durante las guerras primitivas de las épocas remotas; en fin, en China, donde subsiste una forma de gobierno análoga y de un origen parecido. Lo mismo sucede con el beso de los piés en concepto de saludo. Esta costumbre existía en el antiguo Perú, cuya nación entera estaba organizada y disciplinada como un regimiento. Reina en Madagascar, cuya estructura y funciones militares están claramente acusadas. Por último, entre las diversas naciones de Oriente, como las que todavía han vivido siempre bajo un régimen autocrático, existe hoy este saludo como existía en los más remotos tiempos. No de otro modo acontece con la costumbre de despojarse del todo ó de parte de los vestidos. Hemos visto las formas exageradas de esta costumbre en las islas Fiji y en Uganda; otras ménos exageradas, la de desnudarse hasta la cintura, en la Abisinia y en Tahiti, cuyo poder real, aunque grande, no se ejerce con tanto rigor. Lo mismo para con la costumbre de descalzarse. Saludábase al rey despues de haberse desnudado los piés, en el Perú y en Méjico antes de la conquista española, como se le saluda ahora en Birmania y en Persia, países todos regidos por una autoridad despótica, desarrollada por el estado militante. La misma relacion existe para los demás saludos serviles, por ejemplo, la costumbre de ponerse ceniza en la frente, ponerse vestidos ordinarios, cargarse con un bulto ó atarse las manos.

Cuando se comparan los usos vigentes en la Europa de la Edad Media, época en que la guerra, la ocupacion de la vida, con los usos vigentes ahora en que la guerra no ocupa ya la existencia entera del individuo, se encuentra la confirmacion de la misma idea. En los países feudales tributábase homenaje besando los piés al señor feudal, arrodillándose, juntando las manos, despojándose de una parte del vestido; pero ahora las más humillantes de estas salutations han desaparecido enteramente unas, y casi del todo las demás, sin dejar de ellas más que la inclinacion, la reverencia, el saludo con el sombrero, y lo que representan estos actos. Además, puede observarse que entre las naciones más militares de Europa, y las que lo son ménos, se encuentran análogas diferencias. En el continente se hacen saludos más completos y se fija más la atencion en ellos que en Inglaterra. En la misma sociedad británica se hallan otras pruebas; en efecto, las clases superiores que componen la parte reguladora de la estructura social inglesa, nacida como en todas partes del régimen militante, se fijan más en estas formas ceremoniales, no solo en la córte sino también en las relaciones privadas de lo que lo hacen las clases que cons-

tituyen la estructura industrial. Podemos añadir otra prueba de gran peso; y es que en las partes de la sociedad inglesa que son distintamente militares, el ejército y la marina, no solamente se observa el uso de los saludos prescritos en las demás partes, sino que en una de aquellas cuyo carácter particular lo constituye el absolutismo de sus oficiales superiores, subsiste una costumbre análoga á las que florecen en las sociedades bárbaras. En Birmania se está obligado á «prosternarse muchas veces al dirigirse á palacio»; los naturales de Dahomey se prosternan ante la puerta del palacio; en las islas Fiji está mandado el detenerse, «en prueba de respeto, ante un jefe, ó ante su morada, ó delante de su domicilio»; en fin, al subir á bordo de un buque de guerra británico, es costumbre el quitarse el sombrero ante el castillo de popa.

No dejamos de hallar contrastes análogos entre los saludos en honor del sér sobrenatural, espíritu ó divinidad. La costumbre de ceñirse un saco para captarse el favor del espíritu, como ahora en China y antiguamente entre los Hebreos, la de desnudar una parte del cuerpo y echarse ceniza en la cabeza, que todavía son ritos funerarios en Oriente, no se encuentran en modo alguno en las sociedades cuyos tipos están profundamente modificados por el industrialismo. En Inglaterra, donde este cambio está más adelantado, los saludos á los muertos han desaparecido por completo, excepcion hecha del que se hace ante la tumba. Lo mismo sucede con las salutations usadas en el culto. La costumbre de llegarse á los templos con los piés desnudos que existía en el antiguo Perú, y la de descalzarse al entrar en ellos, que subsiste aun en Oriente, no se reproducen por ninguna usanza análoga en las costumbres inglesas ni en el continente, exceptuando los casos de penitencia prescrita. Ni las prosternaciones, ni los golpes que el adorador chino da con la cabeza en el suelo, ni la actitud del musulman durante la plegaria, se encuentran en los países cuyas formas más libres de instituciones sociales, propias del tipo industrial, han rechazado vigorosamente al tipo militante. La misma costumbre de ponerse de rodillas como forma de homenaje religioso, ha caído casi en desuso en Inglaterra, y la secta británica más anti-militar, la de los cuáqueros, no practica ningun saludo religioso.

Las relaciones que acabamos de descubrir, análogas á las ya descritas, aparecen naturales desde el instante en que se recuerda que las actividades militantes cuya condicion natural es la de ser coercitivas, necesitan del mando y de la obediencia; y que, por consiguiente, allí donde florecen se pone mucha atencion en los testimonios de sumision. Por el contrario, las funciones industriales, tales como se manifiestan en las relaciones de principal á empleado, de



comprador y vendedor, se realizan siempre en virtud de un acuerdo, allí donde estas florecen no se exige más que la ejecución del contrato: de donde, como resultado, el desuso de los testimonios de sumisión.

## CUMPLIMIENTOS

Lo que un saludo da á comprender con actos, un cumplimiento lo dice con palabras. Necesario es aquí admitir anticipadamente que estas dos formas ceremoniales parten de una misma raíz, y puede demostrarse que así es en efecto. Hay hechos en que la una equivale á la otra y se la considera como tal. El capitán Spencer observa que los Polacos y los eslavos de Silesia,

«tal vez no se distinguen de las demás naciones por ningún otro carácter que el de la manera humilde con la cual practican la urbanidad: la expresión de agradecimiento es servil. ¡Estoy á vuestros piés! dicen, y ello no es en lenguaje figurado, pues se echan materialmente en tierra y os besan los piés por la miseria de algunos sueldos (1).»

En este ejemplo vemos la actitud del vencido ante el vencedor, realmente adoptada ó figurada verbalmente. La representación oral está en sustitución de la realización en acción. Otros hechos nos presentan las palabras y los actos igualmente asociados; por ejemplo, un cortesano turco acostumbrado á hacer rendidos saludos, dirige al Sultán estas palabras: «Centro del Universo, la cabeza de tu esclavo está á tus piés (2).» El siamés que diariamente practica serviles prosternaciones, dice á su superior: «Señor, bienhechor mío, estoy á vuestros piés,» á un príncipe: «Soy la planta de vuestros piés,» y al rey: «Soy un grano de polvo á vuestros sagrados piés (3).»

Las maneras antiguas usadas en Europa suministran testimonios análogos. En Rusia, hasta el siglo xvii, una petición comenzaba con estas palabras: «Un tal golpea su cabeza» (contra el suelo), y los peticionarios se llamaban «golpeadores de cabeza.» En la corte de Francia, no más allá de 1577, había la

(1) Capt. E. Spencer. *Germany and the Germans*. London, 1835, I, 156.

(2) Chas White. *Three Years in Constantinople*. London, 1846, II, 303.

(3) Sir John Bowring. *The Kingdom and the people of Siam*. I, 127.—La Loubère. *Du Royaume de Siam*. VI, 178.

costumbre de decir: «bésos las manos,» ó también, «os beso los piés.» Hasta en nuestros tiempos, en España, donde subsisten los usos orientales, «al despedirse de una señora, debe decirse: Señora, estoy á los piés de usted.» A lo cual ésta contesta: «Beso á usted la mano, caballero.»

Según todo lo precedente, se puede anunciar anticipadamente el origen y el carácter de las formas de cumplimiento. Al lado de los demás procedimientos destinados á conquistar el favor del vencedor, del dueño, del soberano, colócanse naturalmente formas de lenguaje que empiezan por la confesión de la derrota expresada con palabras que figuran su actitud, y toman por desarrollo formas variadas que expresan una declaración de servidumbre. Eso por consiguiente quiere decir que las formas de cumplimientos en general, derivando realmente de estas formas originales, expresan clara ó vagamente que se pertenece ó está sometido á la persona á quien uno se dirige.

Entre las expresiones verbales propiciatorias las hay que en lugar de expresar la actitud de la prosternación impuesta por la derrota, expresan el estado que es consecuencia de ella; esto es, el de estar á merced de la persona á quien uno se dirige. Los caníbales Tupis nos ofrecen de ello uno de los más curiosos ejemplos. Por una parte el guerrero le grita á su enemigo: «Que todas las desgracias caigan sobre tí, alimento mío?» Por otra parte, tenemos el concepto que Hans Stade, que se hallaba cautivo, estaba obligado á proferir al acercarse á una morada: «Yo, vuestro alimento, héme aquí! (1).» Esto es, «mi vida está á disposición vuestra.» En lugar de decir que únicamente se vive por voluntad del superior real ó supuesto, á quien se habla, se declara una cosa suya, ó confiesa tener sus propios bienes á su disposición, ó ambas cosas á la vez. Africa, Asia, Polinesia y Europa nos dan ejemplos de ello. «Cuando un extranjero entra en casa de un serracolet (negro del interior), éste sale y dice:—«Blanco, mi casa, mi mujer y mis hijos te pertenecen (2).»— En las cercanías de Delhi cuando se pregunta á un inferior de quién es el caballo que monta, contesta: «de vuestro esclavo,» para decir que es suyo; ó dirá: «Es de Vuestra Grandeza,» esto es, está á vuestra disposición. En las islas Sandwich, el jefe á quien se pregunta quién es el propietario de la casa ó de la canoa que son suyas, responde: «Vos y yo (3).» En Francia, en el siglo xv,

(1) Hans Stade. *Captivity in Brazil*. (Hackluyt Society). London, 1874, 59, 150.

(2) G. Mollien. *Travels in the Interior of Africa to the Sources of the Senegal and Gambia*. London, 1820, 288.

(3) Rev. W. Ellis. *Tour Through Hawaii*. London, 1826, 357.